

Leopoldo Zea 1968 en la memoria

I. 1966. Dolor de cabeza.

1968. Han pasado diez años y el recuerdo de esos días resulta imborrable. La matanza del 2 de octubre, en Tlatelolco de los sacrificios, se ha transformado en leyenda. Leyenda que oculta a los culpables y hace imposible la justicia. Porque no basta que el Presidente de la República en esos días, haya asumido la responsabilidad de los hechos, ya que al hacerlo ha impedido que se señale y castigue a los responsables. La autotanización, que parece caracterizarle, imposibilitó la aclaración de tales hechos dejando, tan sólo, complejos de culpa y un sordo rencor que la provocación suele hacer explotar de cuando en cuando. Pero lo cierto es que 1968 no puede ser borrado con otro 1968. No se pueden olvidar esos días y, por lo mismo, no se pueden repetir. A la inmolación de tantos jóvenes no debe agregarse la de otros. Queda el reflexionar y el tratar de aclarar, el racionalizar lo que allí sucedió para que no vuelva a suceder. Arturo Azuela, que en esos días fue uno de los jóvenes que vivió la tragedia con indignación pero sin rencores, me pide los recuerde. Que recuerde mi experiencia por haberme tocado participar en ellos como universitario y en mi carácter de Director de la Facultad de Filosofía y Letras. Una experiencia dolorosa, pero que no cambiaría por ninguna otra, una experiencia viva de esta nuestra historia. Trataré de recordar y exponer esta experiencia; la experiencia de un universitario en esos malos días.

Para mí, entonces y ahora, los orígenes de la tragedia y lo que ella significó para la vida del país están en 1966. En 1966, acababa de hacerme cargo de la Dirección de la Facultad. El rector, el Dr. Ignacio Chávez, me había convencido de que mi obligación, como universitario, era la de regresar a la Universidad. Pocas semanas después el Rector era objeto de brutales violencias. Violencias encaminadas a desplazarlo, como se logró, para que la política, la política oficial, pudiese hacer de la Universidad un instrumento para la sucesión presidencial que, como siempre, se debatía ya en ese afán "madrugador" de nuestros políticos. Un alto funcionario comentaría, años después que el Dr. Chávez no había entendido el mensaje cuando se le ofreció la Embajada de México en Francia. El Dr. Chávez había, por el contrario, aceptado su reelección, la cual se consideró un inconveniente para la manipulación política de los universitarios. Se hacía esto mucho antes de que los franceses hablasen, en 1968, de los estudiantes como "detonador político": nuestros políticos más sabios ya lo habían decidido en 1966.

La política entraba así brutalmente en la Universidad, ya lo había hecho otras veces, pero en esta ocasión iba a tener, en un par de años, mayores consecuencias. En abril de esos días de 1966 tanto el Rector como los Directores de Facultades e Institutos eran vejados por un grupo tumultuario de tales estudiantes cuyo origen oficial no se intentó, siquiera, disfrazar. Varios de ellos se encuentran ahora colocados en puestos, si no claves, sí de política o administración del sistema. El Dr. Ignacio Chávez, hablando poco antes de su renuncia con el Presidente de la República, haciéndole ver lo grave del caso y, con palabras que serían proféticas, le agregaba: "Hoy tengo yo un fuerte dolor de cabeza, pero mañana, tendrá usted una fuerte jaqueca".

Aceptada la renuncia se empezaría la auscultación para designar al nuevo rector, auscultación en la que fui considerado y, para que no hubiese dudas, respecto a lo que en mi opinión consideraba debía ser la Universidad, escribí el 30 de abril de



1966, en *Novedades*, el artículo que titulé, ¿UNIVERSIDAD O SELVA? En él exponía que la autonomía de que gozaba la Universidad, no era, ni podría ser instrumento político; ya que su fuerza dependía del respeto que entre sí, debían de guardarse los universitarios. "Un respeto sin más coerción que la moral, esto, la que cada universitario se imponía a sí mismo para hacer posible esta situación", "acatamiento autónomo, personal de sus leyes, y con ellas de sus penas cuando estas leyes hubiesen sido infringidas. Situación única, ideal, que en el resto de la Nación sería imposible aplicar, pero que era una condición imprescindible en el campo de la cultura y el espíritu. Una situación expuesta, desde luego, a la invasión e interferencia de fuerzas que no eran ya espirituales y que pondrían en peligro desde luego, esa autonomía. Estas fuerzas son las que han creado otro concepto de autonomía, confundiéndola con impunidad". Por ello agregaba, "ha bastado una minoría audaz, practicando todas las formas de violencia, atropellando todas las normas legales de la Universidad e, inclusive, las más simples de la convivencia social, para poner en crisis todas esas formas de convivencia e ideas que significan la legítima autonomía. Atropellos sin castigo posible, porque se deja la posibilidad de este castigo a una institución que, por su naturaleza, carece de fuerza material para hacerlo". "Por un lado la autonomía considerada como la ley de la selva y por el otro como ley del espíritu". Los ochenta mil estudiantes y los profesores

e investigadores de esos días, agregaba, "se han encontrado no en la Universidad sino en una selva rodeada por una Nación, una selva para la cual no cuentan las leyes de ésta. Creer en la Universidad y no en la selva, fue también el gran error de ese gran rector que será siempre el doctor Ignacio Chávez". "Por cometer este error fue vejado y, con él, la autonomía universitaria, en que creía, al igual que la mayoría de los maestros y estudiantes universitarios". Todo frente a una mayoría silenciosa, que nada pudo hacer ni nada hizo. Poco tiempo después, los directores nos enterábamos que las expulsiones que había hecho el Dr. Chávez antes de su renuncia, y la de los individuos que lo habían vejado con los directores, quedaban sin efecto. La autonomía seguía siendo esa selva aislada de la Nación.

El 10 de mayo, en el mismo *Novedades*, escribiría el artículo titulado, **SOBRE LA CRISIS UNIVERSITARIA**. Había ya sido designado el ingeniero Javier Barros Sierra, rector de la Universidad. Prometía escuchar y orientar, ¡buena postura! "¿Pero —me preguntaba— se detiene allí el movimiento? ¿La caída del rector, su vejación y la de las autoridades que lo acompañaban pone fin a la revuelta supuestamente universitaria? ¿Caído el rector se grita, viva el nuevo rector? Los hechos posteriores demostraron que no. La huelga artificial prendió en muchos jóvenes, a los que no se había tomado en cuenta, para transformarse en un movimiento de reforma universitaria. Es lo que muchos de ellos se plantean ya como una revolución. El cambio de rector para estos jóvenes resulta secundario. Repudian las vejaciones, pero están conformes en que es necesaria una reforma. Y vemos a continuación el espectáculo de los líderes cuya misión había terminado, tratando de restablecer un orden cuya meta había sido alcanzada. Como el aprendiz de brujo, habían sido desatadas fuerzas con las cuales no se había contado. Fuerzas juveniles, terriblemente desorientadas, pero anhelando algo, algo que no sabían expresar". Allí estaban escuelas como las de Arquitectura y Filosofía, antes apolíticas y que ahora se empeñan en "participar en la revolución que sentían se estaba gestando en la Universidad". "Y, por lo mismo, llamando a sus maestros y profesores que, por desgracia, parecemos igualmente desorientados".

Pero, al lado de esta inquietud, se hacían ya presentes otras fuerzas. Fuerzas formadas por otros intereses no universitarios, tanto de la política nacional no oficial, como trasnacional. Muchas de las fuerzas que se hacían ya presentes en otras universidades del mundo, como las que hicieron explotar la revuelta de Mayo en Francia en 1968. En México la política oficial había dado el primer paso para manipular a los universitarios, ¿por qué no iban a hacerlo otras fuerzas y otros intereses? A ellas me refería también, en mi artículo en 1966, diciendo: "Y aquí la aparición de otra fuerza extraña a la Universidad. Una fuerza ajena, también, a las metas inmediatas del simple cambio de autoridades universitarias. Fuerza empeñada en canalizar el descontento, la rebeldía, el ansia de reformas despertada en la juventud universitaria. Con metas más allá de los intereses de la Universidad y los de la nación misma. ¿Demandas de reformas? Por supuesto, pero demandas que resultan irrealizables, inaceptables. Lo que en la jerga revolucionaria se llaman "provocaciones". "¿Fuerzas de extrema izquierda? ¿Fuerzas de extrema derecha? De las unas y de las otras paradójicamente unidas. Combatiéndose entre sí, pero haciéndose el juego en una meta que les es común: la alteración del orden que no es el de ninguno de ellos". "Algo de lo que vemos pre-

sentándose en nuestra Universidad ante la desorientación de una juventud que busca, legítimamente, una transformación, un cambio, que hay que darles". En otras palabras, empezaba la jaqueca de 1968, para el mismo gobierno que había dado, en 1966, un fuerte dolor de cabeza al rector de la Universidad.

2. 1968. Jaqueca.

Entre 1966 y 1968 se haría aun más patente la manipulación de la Universidad por la política enfilada a la sucesión presidencial, pero, también la que se originaba del descontento de jóvenes y maestros, inconformes con una situación, tanto universitaria como nacional que se quería ver cambiar. En las reuniones de directores de las Facultades y Escuelas de la Universidad con el Rector, no faltó la voz que propusiera fuertes medidas frente a los descontentos. Propuestas que, por supuesto, fueron rechazadas recordándose, simplemente, el fácil perdón que habían alcanzado quienes habían vejado a un rector y muchas de las autoridades todavía allí presentes. Los sucesos de Mayo en Francia en ese año de 1968, y el éxito que la rebelión universitaria pareció haber alcanzado allí, estimuló a quienes hablaban de cambios de lo que, empezaban a llamar, estructuras. Se iniciaron las pintas, con leyendas en las paredes de las aulas y muros universitarios. Poco después, en los muros de la misma ciudad. Se empezó a hablar de autogestión y a reclamarla. En una ocasión se presentó, a mi Curso de Filosofía de la Historia, José Revueltas acompañado de algunos estudiantes, en las clases. Lo cual fue sencillo, pues esto era lo que siempre veníamos solicitado a nuestros estudiantes. Abandonando su timidez, los estudiantes de mi curso participaron, discutiendo sobre el sentido del curso, tanto conmigo, como con Revueltas y con quienes le acompañaban. No era esta demanda algo para preocupar a nadie que no temiese el diálogo y la crítica; que no se alarmase porque se expusiesen otros puntos de vista.

Lo que vino poco después, todos lo sabemos, a partir del encuentro de dos grupos de estudiantes en la Ciudadela, los días 23 y 2 de julio y la represión de que fueron objeto. A lo que se sumarían los sucesos del 26 de julio en el que dos manifestaciones, la que protestaba contra la represión policíaca y la que recordaba el Aniversario de la Revolución Cubana, al unirse fueron, también, brutalmente reprimidas. Luego el asalto y derrumbe, con un bazucazo, de la puerta de la Escuela Nacional Preparatoria, llenando de indignación a la comunidad universitaria, como lo había llenado a la del Politécnico, también asaltada por la policía. No llegábamos a comprender lo que pasaba. Al parecer se trataba de una provocación que pretendía lograr una agitación que iba creciendo, con todo y aquello que serían sus nefastas consecuencias. El Rector Javier Barros Sierra, como protesta, pondrá la bandera a media asta. Era la señal de duelo por la violencia hecha a la Universidad.

Un día antes, el 30 de ese mismo julio, un grupo de estudiantes, ya organizados, de distintas escuelas, me buscó en la Dirección de la Facultad de Filosofía y Letras para decirme que el día primero iban a manifestar junto con los del Politécnico y otras escuelas, unidos en sus protestas. Que marcharían hasta el Zócalo y que pedían, a las autoridades universitarias que los acompañasen. "¿Lo sabe el Rector?", les pregunté. No, y queremos que usted se lo diga ahora mismo. Llamé a la rectoría y hablé con el Rector Barros Sierra, exponiéndole lo que solicitaban los jóvenes. "¿Al Zócalo?" "¡Eso



será una locura!" Sí, le dije y me piden que los acompañemos y que si no, de cualquier manera lo harán sin nosotros". "Dígameles que luego les resuelvo". Allí quedó todo, pero a las dos de la mañana del 31, una llamada por teléfono a mi domicilio y la voz del rector diciéndome, "Doctor, lo espero mañana a las 9 horas, vamos a tratar de convencer a nuestros directores para que acompañen a los muchachos".

A las nueve estaban ya los directores con el Rector puntualmente; él había hablado, pocos minutos antes, conmigo. En la reunión me pidió les expusiese a los directores la solicitud de los estudiantes. Se los expuse y les dije también lo que con ello podría ocurrir conociendo ya las medidas represivas que se estaban tomando. Era menester, agregué, estar con los jóvenes y seguir su suerte, que podría ser la de las balas, o bien negarse y recibir la repulsa de éstos. El rector Barros Sierra intervino diciendo: "Lo que está diciendo el doctor Zea es que elijamos entre ser acribillados por las balas o ser lanzados por las ventanas por nuestros estudiantes". El director de la Facultad de Arquitectura, arquitecto Ramón Torres Marínez, intervino de inmediato, diciendo "Yo estoy con mis muchachos, y si me han de meter una bala que lo hagan, pero iré con ellos". El director de la Facultad de Ciencias Políticas, Enrique González Pedrero apoyó la decisión con energía, diciéndose acompañar a los estudiantes en la manifestación del 10. de agosto. El Rector, lo sabemos, encabezará la marcha. Se logró, sin embargo, que la misma sólo llegase hasta Félix Cuevas. Más allá, al fondo, estaban ya apostados tanques del ejército y tropas a la expectativa. Tomados de grandes cuerdas los estudiantes y profesores marcharon juntos sin permitir que se saliesen de las mismas para impedir cualquier provocación que hubiese adelantado la tragedia.

Lo que siguió es igualmente conocido. Una larga huelga es-

tudiantil, que se extendió a la casi totalidad de las Instituciones de altos estudios de la República apoyaba demandas que, en forma alguna, implicaban subversión ni cambio de estructuras; sólo se pedía el castigo a los represores y la libertad de presos políticos como Vallejo por varios años encarcelado y respeto a la autonomía universitaria. Luego más manifestaciones gigantescas, llenas de fervor, esta vez, sí, hasta el zócalo. Pero, también, por primera vez en nuestra historia insultos al Presidente, encaminados a provocarlo. Lo cual no iba a ser nada difícil. Y junto con estos insultos documentos supuestamente subversivos que nadie sabía de dónde salían. El descontento empezaba a ser manipulado para conducirlo hacia metas extrañas a quienes sólo protestaban por una represión que iba en aumento. El 10. de septiembre el Informe, y en la televisión un hombre, el presidente Gustavo Díaz Ordaz irritado y retador.

Los directores y muchos profesores, habíamos decidido acompañar a nuestros estudiantes, asistiendo a las escuelas aunque no hubiese clases, como yo lo hacía en la mía, mañana y tarde, durante la huelga que continuaba. Pero azuzando, echando leña y explosivos, estaban tanto fuerzas de la política nacional, como de la política extranjera. A veces llegaban alimentos a las huelguistas enviados no se sabe por quién, así como se escuchaban los reclamos de algún líder exigiendo los mismos. Y fuera, la prensa también azuzando. A quienes, como yo, consideraban que su lugar era en la Universidad, con huelgas o no, éramos señalados de complicidad, subversión y de estar manipulando a los estudiantes con fines extranacionales. Estos, los jóvenes, entendían nuestra presencia tratándonos siempre con el mayor respeto. A veces, estando en mi casa, recibía la llamada de alguno de ellos diciéndome que fuera, que las tropas iban a entrar a la Universidad. En efecto, las mismas estaban a poca distancia esperando la orden. El 18 de septiembre, en la noche, entrarían las tropas a la Universidad. Una media hora antes habíamos salido de Ciudad Universitaria, Villoro, yo y otros profesores, después de esperar, inútilmente la presencia de los comisionados estudiantiles en las pláticas que teníamos con el fin de dar una solución al problema. Al llegar a mi domicilio me enteraba de la toma de la Universidad. Los días que siguieron fueron de enfrentamientos violentos entre estudiantes y fuerzas públicas a lo largo de la ciudad. Desde la Cámara de Diputados se atacará e insultará al rector. ¿Se quiere su salida? nos preguntamos. El Rector presentará su renuncia el 23 de septiembre. Pero la comunidad universitaria se moviliza para que ni le sea aceptada y para que las tropas salgan de Ciudad Universitaria.

Se forma entonces una comisión de doce profesores, entre los que me encuentro, que pide audiencia al Presidente de la República, el cual nos recibe la tarde del día 24. Entramos en una sala de juntas de la presidencia, en la cabecera de la misma se sienta el licenciado Díaz Ordaz, yo quedo a un lado, a su derecha. Le exponemos la razón de nuestra presencia; no queremos, en primer lugar, que se acepte la renuncia del Rector y, queremos inmediata salida del ejército de Ciudad Universitaria. "Lo del rector —dijo el presidente— es cosa de ustedes los universitarios", "ustedes deben decidir si aceptan o no la renuncia. Él es un buen amigo mío, fuimos compañeros de Gabinete". Se le explica que se lo decimos a él, porque el Rector ha sido atacado en la Cámara de Diputados, lo que es un signo de que el gobierno quiere su salida. "De

ninguna manera dice con voz firme— y no hablo por boca de diputado alguno. Este es asunto de ellos, por mi parte no tengo interés en la renuncia del ingeniero Barros Sierra.” A continuación, más o menos las siguientes palabras: “No entiendo qué pasa con los universitarios. El día primero en mi Informe, les concedía lo que pedían. Esperaba verlos marchar por las calles, triunfantes, encabezados por Heberto Castillo, pero lejos de ello me siguen llenando de improperios”. Un largo silencio, que me atrevía a romper diciéndole. “Señor Presidente, es que no pareció que concediese usted nada, sino más bien, por el tono de su voz lo que los universitarios recibían era un regaño”. Se me quedó mirando un momento, que me pareció larguísimo. Mis compañeros me miraban, a su vez, acaso alarmados por mi impertinencia. Después de ese largo rato me contestó: “Doctor, tiene usted razón. Es mi tono de voz, comprendo que más que conceder pareció que regañaba”. Y de inmediato con palabras que me hicieron pensar que todo el problema iba a quedar allí resuelto, dice: “¿Dígame doctor, ¿qué me aconseja?” “Reciba a los jóvenes, le contesté, hable con ellos, conozco a muchos de ellos; son jóvenes que quieren a su país, como usted, como nosotros. Nada quieren que no queramos nosotros, “Recíbalos, estoy seguro que se podrán entender, pues lo que ellos quieren es diálogo”.

Pero la nueva respuesta me hizo sentir frío; sentí que todo se desbarataba. “¿Y si me faltan al respeto?” preguntó. “No le faltarán”, le aseguré. “Bueno, hagamos una cosa, agregó, los recibiré, pero primero entrarán en pláticas con una comisión”. “¿Qué les parece, dos maestros que quieran y se entiendan con los estudiantes? ¿Jesús Reyes Heróles universitario distinguido y Méndez Docurro, un distinguido politécnico”? A continuación ofreció que sería entregada la Universidad a sus autoridades. Terminada la reunión fuimos con el Rector Barros Sierra. Al otro día la Junta de Gobierno rechazaba la renuncia. El Rector acatará la decisión; y el día 30 de septiembre era entregada la Universidad al mismo. Mientras tanto los designados para entrar al diálogo que sería previo al que sostendrían los estudiantes con el Presidente, nombraban otra comisión, la cual estudiaría los detalles de las demandas y así preparar a la comisión que sería la antesala de las pláticas con el presidente de la República. El primero de octubre la violenta represión en Tlatelolco. Siempre me he preguntado, ¿Hubiera cambiado todo esto si las pláticas hubiesen empezado de inmediato con el presidente al único nivel posible? No lo sé, sólo sé que la represión creció a pesar de los Juegos Olímpicos. Las provocaciones no cesaron y, con ellas, los actos represivos. El dolor de cabeza del doctor Chávez se convertía en una terrible jaqueca para el gobierno y la nación. El gobierno había caído en la provocación, poniendo en marcha la maquinaria represiva. Algo semejante sucedería pronto a lo largo del Cono Sur de nuestra América. Era la desestabilización o manipulación del aparato estatal.

Después del 2 de octubre siguieron provocaciones de todo género y la prisión de muchos estudiantes y profesores. Después de que fuera aprehendido José Revueltas y antes Elí de Gortari, unos jóvenes me abordaron para decirme que pidiese asilo en alguna Embajada porque iba también a ser encarcelado. “No veo por qué, les dije, lo que he pensado sobre esta situación lo he escrito y firmado”. Sí, pero a usted lo acusan de participar en una conspiración contra la nación. En efecto, pasquines diversos hacían esta acusación contra varios de los profesores de la Universidad, contándome entre ellos.

Pasquines como *El Mondrigo*, cuyo autor aún cobra regalías. Lo extraño fue que en esos mismos días recibí una llamada de un amigo en la Universidad de California así como de otro de la Universidad de Pensilvania, ofreciéndome ayuda y trabajo pues sabían, no sé cómo, que iba a ser aprehendido. No pedí asilo ni me fui, ni sucedió nada.

En 1969, tanto Luis Villoro como yo, habíamos sido comisionados por la Universidad para hablar con uno de los miembros de la comisión que debía haber dialogado con los estudiantes antes del 10. de octubre de 68, con el buen amigo Jesús Reyes Heróles, para pedirle su ayuda en la liberación de los presos de 1968, entre los cuales, especialmente Elí de Gortari, que sabíamos se encontraba muy enfermo. Nos recibió amablemente en sus oficinas de Petróleos en la Avenida Juárez. Me saludó, nos conocíamos desde 1945 en Buenos Aires, juntos habíamos sido correteados por la Montada represiva que utilizó el gobierno que antecediera a Perón. “Le leo, me dijo. En su último artículo repite la palabra Tlatelolco siete veces”. “Sí, le dije, porque Tlatelolco está allí y no se puede evitar hablar de él”. “Lo comprendo muy bien”.

Le explicamos la razón de nuestra visita. Nos escuchó con todo interés y nos dijo que era el presidente Díaz Ordaz el más interesado en poner fin a esta dolorosa situación. “El presidente lucha con toda su energía contra presiones que se le hacen para que esta situación se mantenga y se agrande”. “Se quiere desatar una violenta cacería de brujas. Entre ellas está usted, me dijo, así como otros muchos universitarios”. Pero el presidente ha rechazado estas presiones. “En los próximos días el presidente Díaz Ordaz se encontrará con el presidente de los Estados Unidos, Lyndon B. Johnson. Y sobre esto se hablará con energía”. Poco después de la entrevista, y antes de que Johnson entregase el gobierno a su sucesor, presentaba su renuncia el Embajador de los Estados Unidos en México ¿Simple coincidencia? No se sabrá nunca, como no se sabe nada de lo que motivó la terrible tragedia del 2 de octubre. El presidente Díaz Ordaz, al asumir la responsabilidad de esos hechos cerraba la posibilidad de su aclaración, impedía hacer justicia. ¿Soberbia? Luzbel dice, se transformó en Lucifer por soberbia. Quizá esto explique ese afán de auto-satanización. Y recuerdo aquí, que varios meses en 1966, después de la caída del doctor Chávez, recibí una invitación de la Secretaría de la Presidencia para platicar con el Presidente Díaz Ordaz, tal y como lo había hecho antes con su antecesor con el presidente Adolfo López Mateos. Platicar, así era hablar con franqueza. Me recibió en Los Pinos diciendo, “Aquí tiene usted al hombre más malo de México”. “No es para tanto, señor presidente, le contesté”. Sí, contestó, porque se dice que yo hice caer al doctor Chávez; pero usted sabe que no tenía necesidad de hacer tal cosa”. Después he recordado estas palabras que mostraban el temor a verse irrespetado y, con ellas, las de asumir la totalidad de una culpa y la que se escuchó al ser designado Embajador de México en España. Siempre la misma conducta; una conducta que sería fácil de manipular, con cualquier provocación, como al parecer sucedió. Pero nada de esto cambia ya la historia. Lo sucedido hace diez años es ya historia, una historia que ha de ser asimilada para que no envenene ya la sangre de esta nuestra nación. Realizar lo que reclamaron los jóvenes y otros muchos mexicanos en esos días, deberá ser el mejor homenaje a su sacrificio. No olvidar que el rencor es tan malo como la soberbia.